

La sabiduría de las preguntas

(Editorial para la revista "Sororidad")

En muchas ocasiones, las preguntas son más reveladoras que las respuestas. Una pregunta puede llevar en sí el deseo de conocer y comprender, o contener una provocación. Puede nacer del asombro o de la condena, del anhelo o del miedo. Puede formularse para abrir en los demás el acceso a lo más profundo, o bien para sembrar la duda y la discordia. Las preguntas pueden crear o destruir, iluminar u oscurecer, sembrar o truncar.

Leer los evangelios a través de las preguntas que aparecen en ellos, nos pone frente a diferentes actitudes vitales. Basta asomarse para tropezar con preguntas que muestran miedos y recelos, que condenan: «¿cómo habla este así?, ¿quién puede perdonar pecados sino solo Dios?», «¿por qué come con publicanos y pecadores?», «¿por quién te tienes?», «¿cómo hacen en sábado lo que no está permitido?».

Podríamos seguir largamente, hasta llegar a la pregunta: «¿no eres tú el Mesías? Sálvate a ti y a nosotros». Pregunta final que, de alguna manera, resume la negación a la vida en los evangelios: la cerrazón ante la posibilidad de que Dios sea uno de nosotros y se haya hecho así para que tengamos vida.

No todo son preguntas negativas ante Jesús. También las hay de admiración: «¿quién es este, que hasta la tormenta y el mar le obedecen?», de expectación: «¿eres tú el que has de venir o tenemos que esperar a otro?», o de deseo de conocerle y estar con Él: «Maestro, ¿dónde vives?».

Jesús resulta sorprendente en sus preguntas, y conmueve algo en quien las recibe. Sus preguntas son creadoras, parecen sacar lo mejor de cada ser y tender un puente. Para quienes están en tinieblas, un puente hacia la verdad y la luz: «¿por qué pensáis así en vuestro interior?»; para quienes de distintas maneras están atados al dolor, un puente que permite conectar de nuevo con la paz y la salud: «¿qué quieres que haga por ti?».

Siglos después de que Jesús preguntara: «¿quién me ha tocado?», y una mujer confesara que le había tocado para sanar de su enfermedad, otra mujer se acercó a Él y sanó su corazón: Teresa de Jesús, en medio de su zozobra vital, buscó en Jesús y encontró en Él al amigo y compañero definitivo, capaz de poner norte a su vida. Reconoció a aquel que es «tan amigo de amigos», y decía: «es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía».

Después, en medio de una iglesia y un mundo divididos, rotos por la violencia y la desigualdad, metida en un mar de tormentas, tuvo el coraje de preguntarse «¿qué podría hacer por Dios?» y de llevar adelante, con su vida, una respuesta: «determiné a hacer eso poquito que era en mí». Enseguida añadió que iba a «procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo».

Comprendió que era necesario crear células vivas de amistad para renovar la iglesia. No células aisladas sino pequeñas comunidades de amigas y amigos donde sanar y crecer, hacerse preguntas y salir al encuentro de los demás, como Jesús, preguntando: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿qué conversación lleváis por el camino?», «¿habéis pescado algo?»... y, en definitiva, repetir con Él: «¿qué quieres que haga por ti?».

¿Tendremos el valor de hacernos las preguntas necesarias para vivir, aquí y ahora, el camino abierto por Jesús? Teresa de Jesús nos diría: «Fíad de su bondad... dejaos de miedos y temores... aventuremos la vida».